Alma Norel

Cuentos para Imaginar

El león y el ratón

Adaptación de la fábula tradicional



Alma Norel

Cuentos para Imaginar

El león y el ratón

Adaptación de la fábula tradicional

© 2026 Alma Norel. Todos los derechos reservados.
El león y el ratón. Adaptación de la fábula tradicional.
Colección Cuentos para Imaginar. Cuentos con algo más.
Texto e ilustraciones: Alma Norel.
Publicado de forma independiente.



Este libro es de:

¡Te toca!
Ronca como el león: «Rrrrr... fiuuu».

Aquella tarde, hasta las hojas parecían tener sueño. Bajo un árbol tan viejo que nadie recordaba haberlo visto pequeño, el león dormía a pata suelta. Cada ronquido le despeinaba los bigotes.



¡Te toca!
Repite con el león: «¡Sobre todo, de su melena!», y sacude el pelo como un león presumido.

En el bosque, todos conocían su rugido. Cuando sonaba, los pájaros callaban, los monos dejaban de saltar y hasta los animales más distraídos recordaban que tenían algo que hacer... bastante lejos de allí.

El león estaba muy orgulloso de aquello.

También de su melena.

Sobre todo, de su melena.



Cerca del árbol, un ratoncillo buscaba semillas entre las hojas. Tenía las patas pequeñas, los ojos despiertos y una curiosidad que nunca sabía quedarse quieta.

Al descubrir al león dormido, se detuvo.

—¡Qué grande! —susurró—. Aquí podría vivir toda mi familia... y todavía quedaría sitio para las nueces.

Se acercó un poquito. Después, otro poquito.

Encontró una semilla junto a una pata y otra enredada en la melena. Trepó para alcanzarla y, cuando quiso darse cuenta, estaba sobre el lomo del león.

Era cálido. Era blandito.

El ratón dio un saltito.

Y luego otro.



¡Te toca!
Dilo con voz de león enfadado:
«¿QUIÉN ANDA AHÍ?»
Y cuando al ratón le tiemblen las orejas y los bigotes, ¡tiembla tú también!

Entonces, la montaña se movió.

—¿QUIÉN ANDA AHÍ?

Antes de que pudiera bajar, una enorme pata lo dejó atrapado contra el suelo.

—¿Te parece que soy un lugar para dar brincos? —gruñó el león.

Al ratoncillo le temblaban las orejas. Y los bigotes. Y alguna otra cosa que ni siquiera sabía que podía temblar.

—No... Bueno... Un poquito blandito sí que eres.

El león frunció el ceño.

—Pero he hecho mal en despertarte —añadió enseguida el ratón—. Lo siento. Por favor, déjame marchar. Quizá algún día pueda ayudarte.

El león soltó una carcajada que hizo bailar las hojas.

—¿Tú? ¿Ayudarme a mí?

El ratón miró aquella pata enorme y después sus propias patitas.

—Todavía no sé cómo —admitió—. Pero podría intentarlo.

El león dejó de reír.

Bajo su pata había un animal asustado que, aun así, había encontrado fuerzas para hablar. Aflojó los dedos y lo dejó salir.

—Puedes irte —dijo—. Y la próxima vez, elige una piedra para tus saltos.

El ratón respiró hondo.

—Gracias. Buscaré una que no ronque.

Se alejó unos pasos y levantó una patita para despedirse. El león lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre las hojas.



Después apoyó la cabeza en el suelo.

Esta vez, con una pequeña sonrisa.

Un momento para colorear



Esta página es tuya.

Dibuja lo que te ha quedado del cuento: el león, el ratón, un ronquido, una semilla... o algo que solo se te haya ocurrido a ti.

¡Te toca!
Adivina antes de pasar la página: ¿quién crees que oirá el rugido?

Pasaron algunos días.

Una mañana, el león caminaba entre los árboles cuando algo tiró de sus patas. Una red escondida bajo las hojas se cerró a su alrededor.

Empujó con los hombros.

Tiró con las garras.

Se retorció de un lado a otro.

Nada.

Cuanto más forcejeaba, más se enredaba.



El león rugió. Su voz atravesó el bosque, pero esta vez no sonaba como una orden. Sonaba a miedo.

A poca distancia, el ratón levantó la cabeza.

Conocía aquella voz.

Dejó la semilla que llevaba y corrió entre raíces y piedras hasta encontrarlo.

—¡Estoy aquí! —gritó.

El león bajó los ojos.

—No puedo salir.

Al ratón le pareció extraño oírlo hablar tan bajito. Se acercó a la red y examinó una cuerda.

La tocó con las patas.

La probó con los dientes.

—Yo no sé rugir —dijo—, pero esto sí sé hacerlo.

Y empezó a roer.

¡Te toca!
Roe con el ratón: «cric, cric, cric».
Y cuando llegue el «¡Chas!», ¡da una palmada!

Cric, cric, cric.

Una fibra se rompió. Luego otra.

El león quiso moverse.

—Quietecito —pidió el ratón—. ¡Que esto no es una carrera de sacos!

El león se quedó inmóvil.

El ratón mordía, descansaba un momento y volvía a empezar. Fue abriendo un pequeño hueco, después uno mayor y, por fin...



¡Chas!

La cuerda cedió.

—Ahora. Despacio.

Primero salió una pata. Después la cabeza, con la melena hecha un desastre. Por último, el león consiguió sacar todo el cuerpo.

Estaba libre.

Durante un instante, ninguno dijo nada. El ratón recuperaba el aliento. El león lo miraba como si acabara de verlo por primera vez.

Después se tumbó para acercar su cara a la de su pequeño compañero.

—Me reí cuando dijiste que podrías ayudarme —dijo—. No estuvo bien.

El ratón se limpió los bigotes.

—Lo importante es que ya estás fuera.

—Gracias por venir.

—Te oí. Parecía que necesitabas compañía.



El león acercó una pata. El ratoncillo apoyó la suya sobre uno de sus dedos.

Una era enorme.

La otra, diminuta.

Se quedaron así un ratito.

Un momento para colorear





Desde entonces, el ratón siguió buscando semillas y el león siguió echándose siestas bajo el árbol.

Pero muchas tardes se les veía juntos: uno dando pasos enormes, el otro necesitando varios saltitos para alcanzarlo.



Cuando llegaban a una raíz alta, el león esperaba.

Cuando una espina se enredaba en la melena, el ratón la sacaba con cuidado.

Y, antes de cada siesta, el león miraba a su alrededor.

—¿Nada de saltar sobre mi espalda?

—Nada de roncar sobre mis semillas —respondía el ratón.

No siempre cumplían lo de los ronquidos.

Moraleja

Ser pequeño no te hace menos importante, y ser grande no significa que puedas con todo. Ningún acto de amabilidad, por pequeño que parezca, se pierde. Cuando nos ayudamos, pueden nacer amistades donde menos lo esperábamos.



¿Sabías que...?

Los leones se pasan durmiendo o descansando hasta unas 20 horas al día. ¡Con razón a este león le gustaban tanto las siestas!



El cuento sigue contigo

- ¿Qué te ha hecho más gracia: los ronquidos, los saltitos o el «cric, cric, cric»?
- ¿Te has sentido como el león o como el ratón?
- ¿A quién has ayudado tú, aunque fuera con algo pequeñito?



Tu moraleja: dibújala o cuéntala

Si la cuentas, un adulto puede escribirla aquí: